

ct

Betún

de
Alberto Ramos

(fragmento)

Gracias a los sabios consejos del Consejo de Sabios (Pere Riera, Paco Bezerra, Zo Brinviyer, Arturo Echavarren, Fernando Epelde e Iñigo Guardamino).
Gracias a Marta Corral.

Este monólogo mezcla realidad y ficción. Los cuentos bosquimanos, por ejemplo, son reales. Los nombres de !Kwabba-an, !Hun!hun y ≠Kasin también lo son, pero pertenecen a otras personas.

El Sol calienta, porque es el Sobaco-del-Sol. Bajo el Sol la gente bebe. Le entra sed, y por eso bebe. Bajo la Luna la gente enciende una hoguera. También duerme, porque la Luna brilla en la noche. En la noche, la Luna recorre el cielo. Cuando el Sol calienta, la gente dispara sobre las gacelas, les da caza. Toda la tierra está iluminada, en todas partes hay luz, toda la gente caza.

(“Cómo creó Mantis el primer eland”, narrado por ||Kabbo y Diä!kwain)

La niña que creó las estrellas. Relatos orales de los bosquimanos |xam
Selección, traducción y prólogo de José Manuel de Prada-Samper

Tantas veces me mataron,
tantas veces me morí,
sin embargo estoy aquí
resucitando.

María Elena Walsh, “Como la cigarra”

PERSONAJE

El Negro.

En el centro, cubierto por una sábana, hay un objeto de poco más de un metro de altura. Delante, como custodiándolo, se encuentra un monje benedictino con una escoba de ramas. Todo en él es negro: el hábito, la piel, hasta el nombre.

EL NEGRO

La Luna es una sandalia.

El Negro deja la escoba en el suelo. Se quita una sandalia y apunta con ella a su público.

La Luna es una sandalia. Es una sandalia de Mantis.

Todas las cosas de Mantis tienen vida propia. Sus flechas, su aljaba, su arco, la cuerda de su arco. Su bastón, su manto, su mandil. Todas las cosas de Mantis tienen vida propia y tienen el don del habla. También las sandalias. Mantis habla con sus sandalias y las sandalias le responden. Una noche, Mantis arroja una de sus sandalias al cielo. La sandalia se transforma en la Luna. Y la Luna habla porque es una sandalia de Mantis.

Lanza la sandalia al aire.

La Luna habla con Liebre. Liebre es un hombre. Liebre está triste y llora porque su madre ha muerto. La Luna le dice que no debe llorar, pues su madre volverá a la vida. Liebre le responde que seguirá llorando porque su madre ha muerto para siempre. La Luna se enfada. No le gusta que le lleven la contraria. La Luna está tan enfadada que maldice a Liebre y lo convierte en una liebre.

Se quita la otra sandalia. Simula golpearse con ella en la cara. Acto seguido, se pellizca el labio superior, dándole forma leporina.

La Luna sigue tan enfadada que maldice a todos los hombres: “Ahora ya no volveréis a la vida después de muertos. A partir de ahora, cuando un hombre muera, morirá para siempre.” Esto dice la Luna.

Esto dice el cuento de Liebre y la Luna. Dice que Liebre hizo enfadar a la Luna y por eso la Luna maldijo a todos los hombres. Por eso los hombres no pueden volver a la vida después de morir. Esto dice el cuento.

Pero yo sí volví a la vida.

¿Por qué? No lo sé. El cuento no lo explica.

Una vez estuve muerto, y volví a la vida. Como el avestruz. El avestruz, igual que la Luna, puede resucitar. Tal vez yo soy un avestruz.

Estira el cuello, se remanga las faldas del hábito y da unos pasos imitando el andar de un avestruz.

Yo no soy un avestruz.

Yo soy un hombre.

Se quita el hábito y lo deja tirado en el suelo, junto a la escoba. Ahora sólo lleva un taparrabos.

El hábito no hace al monje.

Vuelve a coger la escoba. Con un gesto rápido, le arranca el manojito de ramas, dejando al descubierto la punta de una lanza. Enarbola el arma y apunta con ella a su público.

Yo no soy San Martín de Porres.

Yo soy san... o bosquimano. San o bosquimano, como prefiráis.

Yo soy un san, un bosquimano, muerto.

Deja de apuntar al público, pero sigue aferrando la lanza con firmeza.

Muerto y dos veces enterrado. La primera vez fue en el año 1830, en la región sudafricana del desierto del Kalahari. La segunda vez fue en el año 2000, en Botsuana. Entre los dos entierros me sucedieron muchos cuentos. Algunos son cuentos conocidos. Los contaron los periódicos. Los contaron los telediarios. Pero tal vez vosotros no los conocéis. Vosotros lleváis mucho tiempo enclaustrados y quizás no conocéis estos cuentos.

El primero de estos cuentos empieza con mi muerte. Yo era un cazador. Tenía una esposa, !Kwabba-an. Tenía un hijo recién nacido, !Hun!hun. Tenía un hermano, ≠Kasin. Antes de morir, le pedí a ≠Kasin que cuidara de !Kwabba-an y de !Hun!hun. Yo era un cazador, y una pulmonía me cazó a mí. Mi familia me dio sepultura. Mi hermano, mis primos, mis cuñados y mi suegro me enterraron. Y luego dos hermanos me desenterraron. No eran hermanos míos. Eran hermanos entre sí. Se llamaban Jules Verreaux y Édouard Verreaux y eran europeos, de Francia. Ellos me exhumaron la noche después de mi entierro. Luego me disecaron.

Me disecaron como si fuera un trofeo de caza. Pero el cazador era yo, no ellos. Ellos eran como el Koro-twiten, el alcaudón hormiguero. El Koro-twiten es un pajarillo capaz de volar sobre los termiteros y zambullirse en ellos para despojarlos de sus larvas. Es una habilidad antigua: antes de ser un pájaro el alcaudón hormiguero era un hombre. Un hombre que volaba y robaba larvas de termita. Hasta que Mantis lo castigó y lo convirtió en un pajarillo.

Hace como que vuela.

Los hermanos Verreaux no volaban, pero me arrebataron a la tierra como si fuese una larva. Y luego me disecaron. Me extrajeron las entrañas con la misma destreza con que el alcaudón saca las larvas del termitero. También me arrancaron los ojos. Como un cuervo. El cuervo es otro pájaro.

Como no tenía ojos no podía ver lo que me hicieron. Sé que reemplazaron mi espina dorsal por unas barras de acero. Sé que atravesaron mis hombros con una barra de madera, como una percha. Sé que sustituyeron mis órganos y músculos por un montón de paja. Como un espantapájaros. Como un espantapájaros de pacotilla, incapaz de espantar a aquellos hermanos.

Sé que también me curtieron la piel, como si fueran a usarla para confeccionar zapatos. Emplearon arsénico, un veneno mortífero que sin embargo no podía causarme ningún daño. Porque ya estaba muerto. Todo esto lo sé por una autopsia que me practicaron hace veinte años. Fue en el año...

Se me olvidaba.

Toca la punta de la lanza.

Veneno. No es arsénico, pero también es mortífero. Y tampoco puede causarme ningún daño. Porque sigo muerto.

Vuelve a amenazar al auditorio con la lanza.

Aquellos pájaros me embadurnaron toda la piel con betún. Como un zapato. Esto no lo sé por la autopsia. Esto lo sé porque en aquel momento de la disección ya tenía unos ojos nuevos. Eran de cristal, pero a mí me servían. Dicen que cuando te han amputado un brazo, o una pierna, lo sientes como si aún estuviera ahí. A mí me habían amputado los ojos y en su lugar habían incrustado unos ojos de cristal. Pero yo los sentía. Los sentía como si fueran mis ojos de toda la vida.

A partir de aquí, mi recuerdo se vuelve un poco borroso. Había pasado toda mi vida en el desierto del Kalahari. Había pasado toda mi vida entre arbustos, rocas, antílopes, suricatos, meloncillos... Cada cosa tenía un nombre. Había pasado toda mi vida, y mi vida dio paso a la muerte. Y entonces viajé hasta la luz.

Hasta la Ciudad Luz, que es como llaman a París. De pronto, mis ojos de cristal vieron cosas sin nombre. Tenían nombre, pero yo lo desconocía. Es muy difícil recordar algo si no sabes cómo llamarlo. Ahora lo sé: bulevar, basílica, escaparate, taxidermia. Ahora soy capaz de recordar. Pero una niebla cubre mis primeros años en Europa, como si el manto de Mantis me hubiese velado la memoria.

Recuerdo cuando llegué a Barcelona. Eso sí lo recuerdo. Más nombres: Francesc, Darder, doctor, veterinario, coleccionista. El doctor Darder fundó el Parque Zoológico de Barcelona y el Museo Darder de Historia Natural de Banyoles. Tuve suerte. Imaginad que me hubieran expuesto en el Parque Zoológico. ¿Dónde me habrían colocado? ¿Con las gacelas? ¿Con las jirafas? ¿Con los leones? ¿O haciendo compañía a Copito de Nieve?

Copito de Nieve, el gorila blanco. Me habría gustado conocerlo. Ahora es tarde. ¿Por qué no lo disecaron?

Tuve suerte.

El doctor Darder tenía una afición: coleccionaba cráneos. Eran cráneos de diferentes razas.

Lapones, patagones, rusos... Bosquimanos. Pero el doctor Darder tenía otros planes para mí.

Primero me paseó por Barcelona. En 1888, Barcelona era la Ciudad de los Prodigios. Y yo era uno de esos prodigios.

Pero mi destino no estaba en Barcelona.

Mi destino estaba en Banyoles.

En 1916, el doctor Darder funda el Museo Darder de Historia Natural de la ciudad de Banyoles.

Dos años después le muerde una serpiente.

No lo disecan.

Silencio respetuoso.

Así acaba el primer cuento. Como mi recuerdo es borroso, el cuento tiene lagunas.

El siguiente cuento tiene un lago.